



LA ÚLTIMA NOCHE

NINGUN rumor en la ciudad se oía,
 Todo enlutaba de la noche el velo:
 El silencio y la sombra,—¡qué armonía
 Con almas que lloraban sin consuelo!
 ¡De cuántos desgarrados corazones
 Hondo lamento de dolor brotaba!
 Hasta el viento rasando los balcones,
 Parece que sus quejas exhalaba.

Por un cirio amarillo de repente
 Una gota de cera iba rodando:
 Parecía una lágrima candente
 Por pálida mejilla resbalando.

Un extraño contraste se veía
 Junto al cuerpo bellísimo sin alma:
 Todos lloraban, y ella sonreía,
 Ellos en el dolor, y ella en la calma.

Sus ojos, para el mundo ya cerrados,
 Para un mundo mejor tenía abiertos,
 Y en ellos se miraban retratados
 Los gozos celestiales de los muertos.

Ya lágrimas amargas no podían
 Turbar la limpidez de su mirada;
 Y sus ojos con éxtasis veían
 El resplandor de la eterna morada.

Si asomaba á los párpados el llanto
 Al contemplar su pálida belleza,
 No era esa angustia que destroza tanto,
 Era melancolía y no tristeza.

Es la amarga tristeza noche umbría
 Sin estrellas, sin luces y sin calma;
 Pero es la celestial melancolía
 Un tranquilo crepúsculo del alma.

Y, ya olvidada del dolor que aterra,
 Creía el alma en éxtasis profundo,
 Que, suspensa la vida de la tierra,
 Vivía con la vida de otro mundo.

Y voces celestiales á lo lejos
 Hablaban de reposo y bienandanza,
 Y verse parecían los reflejos
 De la infinita luz de la esperanza.

Y se pensaba por extraña suerte
 Oír una armonía seductora;
 Tal vez cantan las almas á la muerte
 Como cantan las aves á la aurora.

Parecían salir del aposento,
 Cual la que vió Jacob, santas escalas,
 Y dulces resonaban en el viento
 Acentos de ángel y rumores de alas.

Tanta unción en su faz resplandecía,
 Que, al verla, nadie la creyera inerte;
 Su actitud soñadora parecía
 Un éxtasis divino y no la muerte.

Tendida muellemente sobre el lecho,
 Que no tenía forma funeraria,
 Con las manos unidas sobre el pecho,
 Parecía elevar una plegaria.

Como lleva la brújula el marino
 Al recorrer el mar alborotado,
 Para surcar el piélagos divino,
 Ella llevaba al Dios crucificado.

Al comenzar su viaje hacia la altura
 Al amparo de Cristo se acogía,
 Y entre sus manos de sin par blancura
 Brillar un crucifijo se veía.

Los resplandores del blandón inciertos
 Fingían en su rostro, fugitivos,
 Júbilo por los goces de los muertos,
 Tristeza por las penas de los vivos.

¡Última noche que la hermosa muerta
 Pasaba en ese hogar de que fué encanto;
 Se iba, y dejaba en la mansión desierta,
 Sólo un recuerdo de perpetuo llanto!

Se iba, y dejaba á sus pequeños hijos
 De sus besos de amor sin el consuelo;
 Y ellos, por siempre en sus recuerdos fijos,
 Sólo han de conocerla allá en el cielo.

Acaso era ilusión; pero á medida
 Que en las alas del tiempo se acercaba
 La hora de la eterna despedida,
 Más doliente su rostro se mostraba.

¡Por qué ya al separarla el nuevo día
 De los que fueron luz de su existencia,
 Tan triste su expresión aparecía?
 ¿También los muertos llorarán la ausencia?

Disipada por fin la noche oscura,
 Ese sol que da vida á cuanto existe
 Vino alumbrar su tétrica hermosura,
 ¡Cuán alegre la aurora, ella, cuán triste!

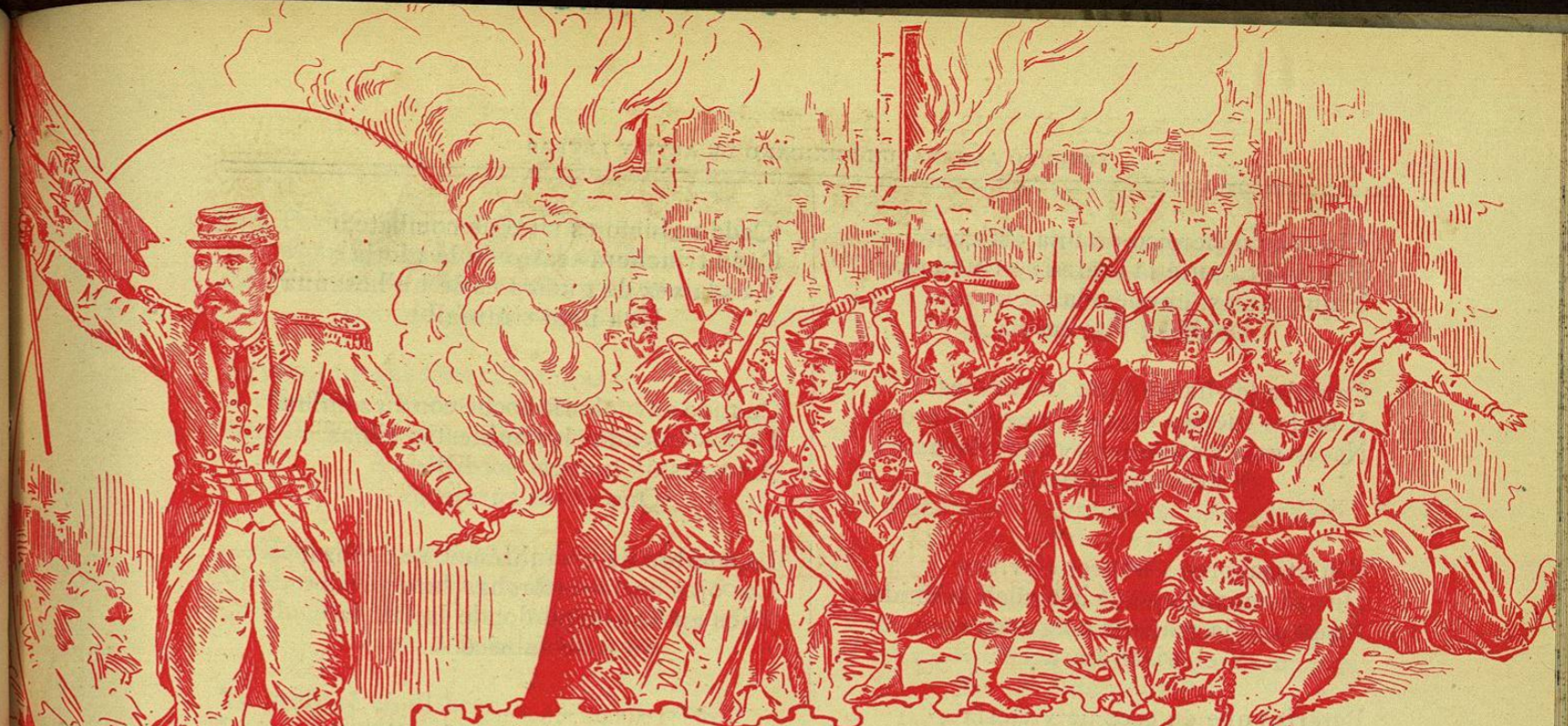
Despertó la ciudad á los albores,
 Volviendo á sus pesares y á sus gozos:
 Afuera, de la vida los rumores;
 Adentro, de la muerte los sollozos.

¡Y todo despertó con nueva vida
 Cuando en Oriente el sol lució risueño,
 Y ella tan sólo, pálida y dormida,
 No despertó de su tranquilo sueño!

Los que inerte llorando la veían,
 Soñaban con la eterna venturanza;
 Todos algo sublime poseían;
 ¡Ella los cielos, ellos la esperanza!

ANTONIO ZARAGOZA.

(Copiado)



UN HEROE

(PAGINAS DE LA GUERRA DE INTERVENCION)

I

Atronaba el cañón republicano
 Sobre los muros de la heroica Puebla,
 Y al pie de la bandera de la patria
 Bregaba el adalid.

Cada soldado con el arma al brazo,
 Ennegrecido el rostro por la pólvora,
 Era un titán, un rayo, un invencible
 En la tremenda lid.

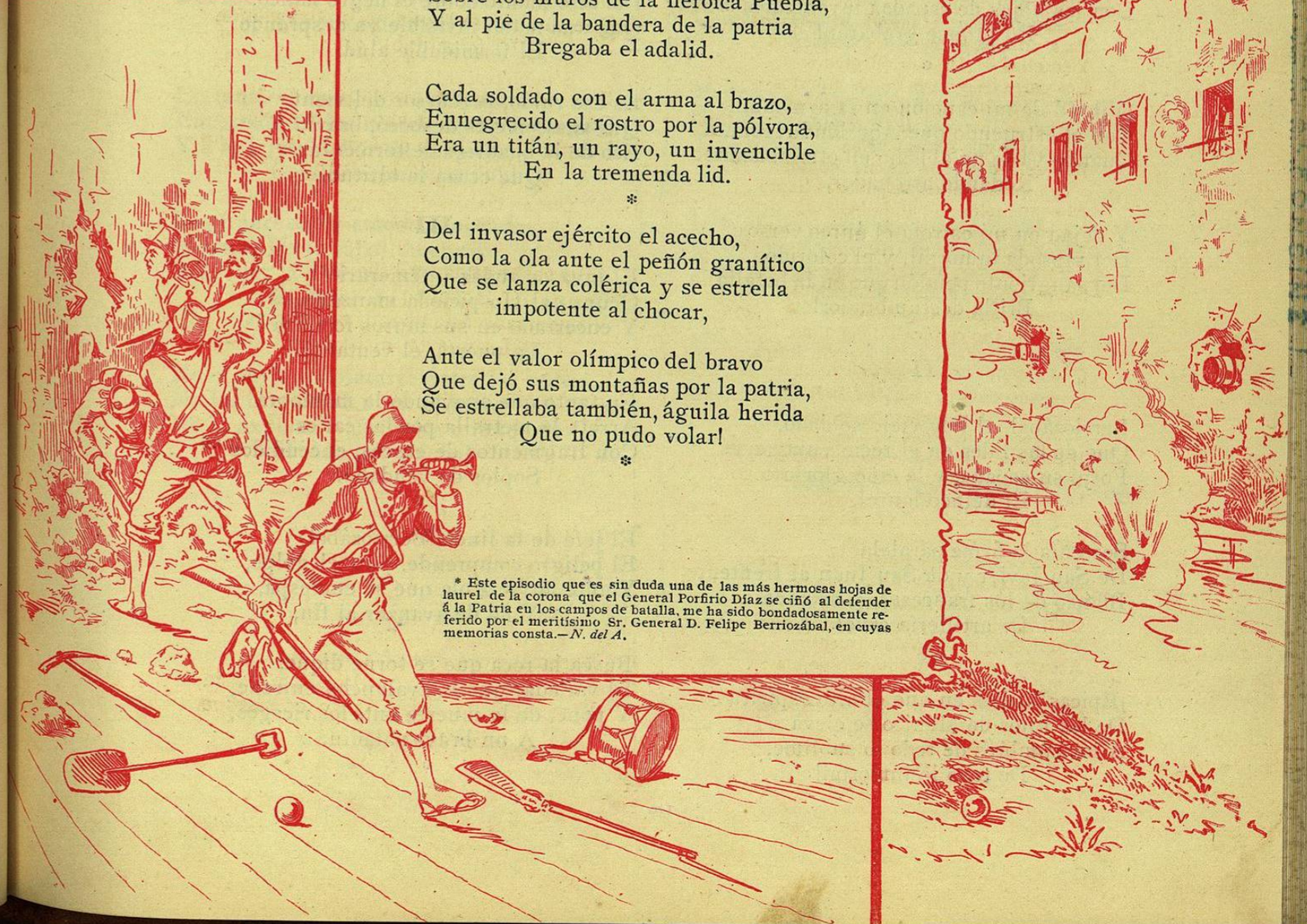
*

Del invasor ejército el acecho,
 Como la ola ante el peñón granítico
 Que se lanza colérica y se estrella
 Impotente al chocar,

Ante el valor olímpico del bravo
 Que dejó sus montañas por la patria,
 Se estrellaba también, águila herida
 Que no pudo volar!

*

* Este episodio que es sin duda una de las más hermosas hojas de laurel de la corona que el General Porfirio Díaz se ciñó al defender á la Patria en los campos de batalla, me ha sido bondadosamente referido por el meritorio Sr. General D. Felipe Berriozábal, en cuyas memorias consta.—N. del A.



El espíritu heroico de una estirpe
Que nunca ante la fuerza se rindiera
Y que jamás, envilecida esclava
Dobló su alta cerviz,

Cantaba las hazañas de sus héroes,
Y de los fuertes sobre el negro muro
Nacer veía un lauro en cada brecha
Y en cada cicatriz.

¡Oh atambores y bélicos clarines
Que al campamento, á la ciudad dormida
Anuncian la mañana alegremente
Y el triste atardecer.

Baterías que en ecos de victoria
Decís á los que viven: «á la lucha»
Y á los muertos: «Dormid, la gloria os vela,
Víctimas del deber.»

Vocingleras trompetas de la Fama
Que los nombres lleváis de los guerreros
Y á través de los tiempos, inmortales
Con vuestras voces van.

Deidad austera de la patria historia,
Cuyas manos, la empresa legendaria,
Con las hojas de espadas invencibles
En bronce grabarán!

¡Vibrad de mi canción en la armonía
Con el estruendo que Aquilón levanta,
Cuando va de un abismo en otro abismo
Rodando atronador,

Y dejad en mi estrofa el áureo verso
Del rápsoda inmortal, y el colorido
Del sangriento pendón que en la batalla
Brilla deslumbrador!

II

Berriozábal, el hoy viejo soldado,
Que de las lides en el recio yunque
Forjó su espada, y le ciñó glorioso
El délfico laurel,

Sostenía la firme paralela
De San Javier y de San Juan al frente,
Blanco de los franceses, y azotada
De artillería cruel.

¡Épicas luchas en que el alto espíritu
De los hijos de México se eleva
A las cumbres de todo lo sublime,
De todo lo inmortal!

¡Cada reducto es sitio de combate,
Cada trinchera teatro de la gloria
Y cada voz de guerra es de un hosanna
Una nota triunfal!

Quando envuelve la noche con su sombra
De los volcanes las enhiestas cimas,
A través de la recia cordillera
Que el sol enrojeció,

La sombra de Cuauhtémoc se desliza,
Los ojos como antorchas funerarias
Fijos en la ciudad donde la Patria
Su nido fabricó.

Y cruzan, por el aire vagabundo,
Las notas de los últimos clarines
Y como aliento de titanes se oye
Un sordo palpar.

Es el eco de tantos corazones
Que encendidos en cóleras sangrientas
Anhelan combatir, son los volcanes
Próximos á estallar.

Es el lejano retemblar que anuncia,
Del alto monte sobre el negro flanco,
Que una mano invisible ya desprende
El formidable alúd.

Es ese ruido, precursor del viento
Que sus corceles desbocó, bravío
Eco de la cuadriga de tormentas
Que cruza la altitud.

III

El invasor audaz y temerario
Ocupa del Hospicio la manzana,
Y encerrado en sus muros fortifica
La puerta, el ventanal.

En tanto que apoyando la maniobra
Arroja la metralla por las calles
Con fragmentos de cascos, encendidos
Soplos de vendabal.

El jefe de la línea, Berriozábal,
El peligro comprende, pesa el golpe,
Y ante la recia ola que se encrespa,
Y ha de avanzar al fin,

Busca la roca que se torne dique,
El valladar que la avalancha enfrene,
Y pone, de la muerte ante los riesgos,
A un bravo paladín.

Era Porfirio Díaz, el guerrero,
El desposado audaz de la victoria;
El que surgió, sobre la altiva cumbre,
Del nido de un condor.

Aguila que sus alas silbadoras
A través desató de las tormentas,
Arrullado, de sordas tempestades
Al sombrío fragor.

—«Escoged vuestros bravos—dijo el jefe,
Víctimas voluntarias, y al ataque
Conducidlos si quieren, no por fuerza,
Porque á la muerte van;

Yo grabaré en el bronce sus esfuerzos,
Los premiará la patria con sus lauros
Y al perder la existencia, con la historia
Sus nombres vivirán.»—

Porfirio Díaz, busca ¡pero en vano!
Es un arrojo inútil exponerse
Cuando la segadora de las vidas
Va en el aire sutil;

Quando el cañón un surco abre doquiera,
Y no hay palmo de tierra que esté libre
Del fuego destructor, y al viento azotan
Los tiros de fusil.

En tanto el enemigo se rehace
Encerrado en los muros; vuela el tiempo,
Y á lo lejos, al Sur, la paralela
Combate con vigor.

Los franceses la atacan denodados
Y acude Berriozábal presuroso
A apoyar la defensa, allí le llaman
El deber y el honor.

No el rayo al desatarse entre las nubes,
No las olas batidas por el notó,
No la explosión plutónica que rompe
El vaso del volcán,

Las cóleras de siglos, contenidas
Tempestades olímpicas que estallan,
Tal azotan el sitio en que Porfirio
Se torna otro titán.

IV

Berriozábal regresa y queda absorto,
Ya la manzana del Hospicio arde,
Se derrumban las puertas, incendiadas,
Con lúgubre vaivén.

La lengua de la llama canta himnos,
Y dentro de los muros, cuerpo á cuerpo,
Y en medio del horror de aquella hazaña
Se combate también.

Porfirio Díaz, la mirada firme,
Ennegrecido el rostro por el humo,
Con las manos quemadas por el fuego
En su hazaña inmortal,

Arrastra á sus soldados á la lucha,
Y de pie, como el dios de la venganzas,
Parece ser el genio de la guerra
En actitud triunfal.

Él, desafiando el huracán de balas,
A quemar se lanzó, con propias manos,
Como el Pípila audaz y legendario,
Heroico en su valor,

Madera por madera, puerta á puerta,
Con la antorcha humeante en una mano
Y la bandera de la patria en otra,
Símbolo del honor.

Los clarines cantaron en la diana
El himno más hermoso: el de la Gloria,
Y en el lejano bosque americano
Reverdecio el laurel.

Mientras allá sobre las cumbres altas
De los volcanes, levantó su sombra
Cuauhtémoc el azteca, y silencioso
Los ojos clavó en él.

MÉXICO. 1895.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

